

PTIEGO

Vida Nueva

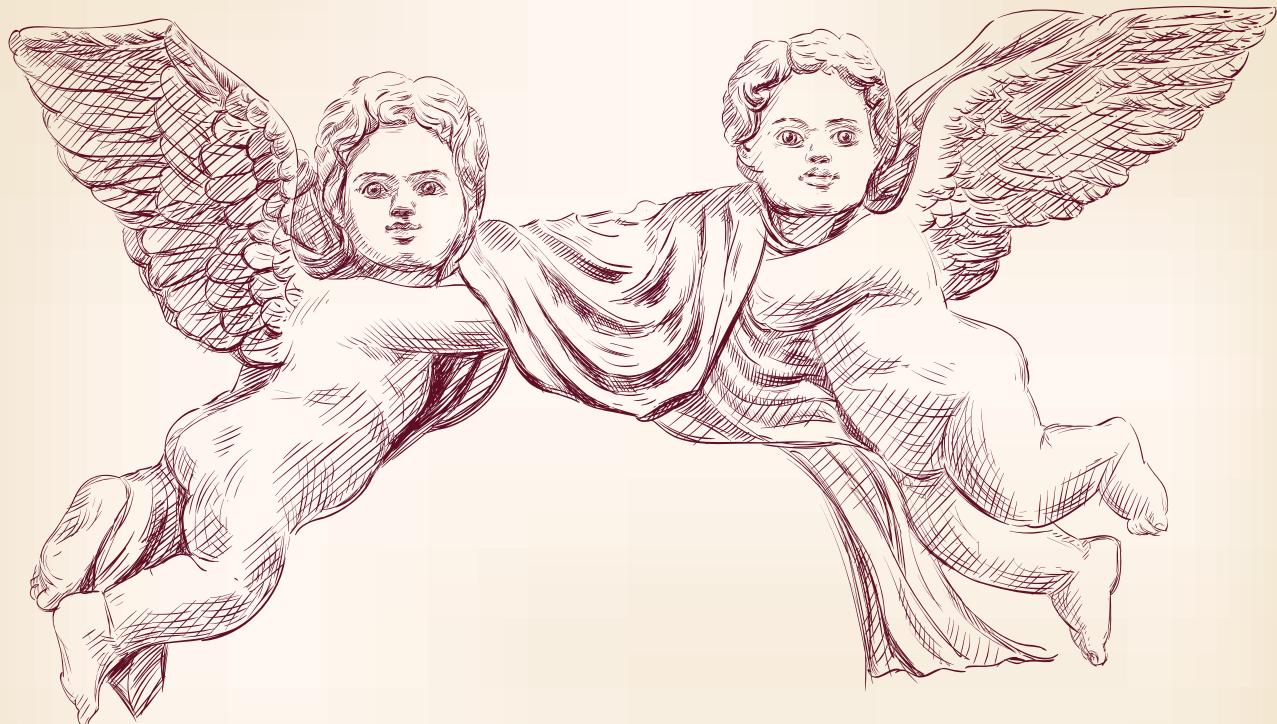
3.017.

24 DE DICIEMBRE
DE 2016 /
6 DE ENERO
DE 2017



Poemas para un pregón de Navidad

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ



El Adviento es tiempo para avivar la esperanza. La Navidad, de estupor y maravilla. La Navidad es la aparición en el mundo del Misterio del Amor que transforma. En verso, vuelve la Navidad, y la presencia del Niño Dios, otra vez más, acerca los corazones.

NAVIDAD ES AMOR, ES ESPERANZA, ES FE

En Adviento preparamos la Navidad: el nacimiento de quien hace nacer un mundo nuevo. En este momento histórico, en el que la desesperanza y el sinsentido se han convertido en la gran amenaza para el hombre de hoy. En Navidad, el Señor vendrá con su alforja rebosando paz... y volverá a renacer como hombre para recordarnos nuestra propia Humanidad. Porque la Navidad está dentro de nosotros.

Hasta las palabras más cálidas y bellas del diccionario –amor, fraternidad, paz, alegría, ternura, esperanza, misericordia– se nos quedan cortas a la hora de hacer la exégesis del misterio de la Navidad. Aquí vamos a traer palabras– al fin y al cabo, uno trabaja con ellas–, con su presente y con su legado. Palabras que nos han llegado en poemas, contándonos la fiesta de la alegría, de la luz que vuelve a nacer.

Para Gerardo Diego, el gran poeta de la Navidad, Navidad y poesía eran una misma palabra, un mismo significado en el maravilloso misterio de la Encarnación. Desde poemas que nacieron antes, mucho antes, en el paso del siglo XII al XIII, y cuyo primer testimonio es el *Auto de los Reyes Magos*. “Todos los temas de la poesía simplemente humana –escribió Gerardo Diego– se reúnen y abrazan en el motivo de la Navidad. Maternidad, niñez, naturaleza y paisaje real e irreal, tierra y cielo, nieves, flores y estrellas... y allá, en el fondo, la Muerte y Resurrección”.

La Navidad era para Gerardo Diego su tiempo preferido. Vinculado a los recuerdos infantiles, a vivencias familiares, su recuerdo de la Navidad es intenso, feliz, alegre. Pero él describió como nadie que este es, también, un tiempo de angustia, de temor. El de esa Virgen Madre que se pregunta:

Cuando venga, ay, yo no sé con qué le envolveré yo, con qué.

Es la Madre de Dios quien simboliza también la ternura, la misericordia, del Niño Dios que quiere tanto al hombre que se hace uno más. Representación de ese milagro de la Encarnación que san Juan de la Cruz describió como: “El llanto del hombre en Dios, / y en el hombre la alegría”. María es la Virgen del Adviento, de la Navidad, de la Epifanía, de la huida a Egipto: “Señora de la Esperanza, / porque diste a la luz la Vida”, que escribió el obispo y poeta Pedro Casaldáliga. Y, más en estos tiempos de refugio familiar, cabe preguntarse como lo hizo Luis Rosales:

*–Señora Santa Ana,
¿qué dicen de vos?*

*–Que soy soberana
abuela de Dios.*

En este tiempo de Adviento, ¿quién mejor que un poeta con ojos y corazón de mujer para acercarnos a la hondura de la vida como lo haría la misma María? Gabriela Mistral, la gran poetisa chilena, escribió que la Navidad:

Es amor. Es esperanza. Es fe.
Es alegría.
Es principio de Redención.
Es una etapa de nuestra historia de Salvación.
Es encuentro con Cristo, Niño.
Es conversión y renovación.
Es paz interior.
Es vida nueva.
Es camino que se abre para el tiempo y para la eternidad.
Es verdad que se alimenta del Amor.
Es vida que fructifica y madura, sin dejar de nacer siempre.

La Navidad es música, es himno y es villancico, que es raíz medieval que aúna la glosa culta y la cancioncilla popular. Es, sobre todo, testimonio de la alegría ante la llegada del Mesías, que proclama José María Fortea:

Abrid las puertas, amigos,
abridlas para danzar
al son jovial de las flautas
que esbozan la Navidad.

VILLANCICO 1: Arre borriquito

Pablo García Baena, cordobés, describe la poesía como el "oficio de mirar vuestra obra", la obra de Dios al servicio de los hombres. El ejercicio de mirar alrededor, en nuestro mundo, y nombrar lo que se ve. Y lo que se ve ya desde el prólogo del Adviento es una tregua de Dios. El gran escritor Robert Louis Stevenson concluyó su conocido *Sermón de Navidad en la isla de Samoa*, en 1892, con la siguiente exhortación: "La cordialidad y la alegría deben preceder a cualquier norma ética: son obligaciones incondicionales".

Es, pues, un tiempo de paz y de alegría. Pero, ¿es posible celebrar la Navidad en época de incredulidad y desacato? ¿En momentos de pérdida y desesperanza? La pregunta ya se la hizo Nietzsche; nunca la contestó. El teólogo Olegario González de Cardenal le respondió años más tarde que la Navidad "debe ser olvidada como una pesadilla

o celebrada con aquella lucidez del corazón que se abre a la anchura de todo lo posible y llega hasta donde se extiende la esperanza infinita del hombre".

Pero la Navidad no es ninguna pesadilla. Es Justicia, es consuelo, es utopía, es paz: "A veces, las palabras hay que haberlas vivido / para saber leerlas y poder recordarlas", dice un joven y admirado poeta, Jaime García-Máiquez. El gran Jorge Guillén tiene unos hermosos versos en los que proclama:

"¡Hoy es Nochebuena!",
la copla decía...
Todos la escuchaban...
¡Nadie la entendía!

Un niño nace. Es Dios mismo, que desciende a la miseria para dar aliento y esperanza. Viene para todos. Viene a llenar corazones, a decir que la paz y la justicia no son sueño ni utopía... Ese aliento no tiene que ser pasajero. Una vez escribió: "La Navidad es un espejismo, un retazo de la ilusión de lo que nunca somos, una solivianta a nuestra mala conciencia, que, al menos, un día, una semana, se desenmascara dejando ver que somos algo más que fieramente humanos. Esta Navidad, la Navidad, es un abracadabra en el que nos reinventamos a nosotros mismos y acaso nos permitimos

en un visto y no visto sacarnos de la chistera un conejo con nuestro mismo rostro, pero con una sonrisa más larga que de costumbre. (...) Hasta Navidad somos el otro, el de todo el año. No este hombre, esta mujer que se concede en estas fechas una pausa de mansedumbre y de felicidad sobrevenida".

García-Máiquez lo ha escrito de otro modo:

Una vez al año, ¡tam!
Se vuelve el mundo al revés
Y da vueltas, vueltas y
lo que ves no es lo que es.

Ves el suelo, es –vélo– el Cielo;
Ves abetos, son manzanos;
Ves a un niño, es todo un Dios;
Y ves a Dios y es tu hermano.

Y así, de pronto, tam, tam,
la noche se hace mañana:
se vuelca el mundo, volteá,
lo mismo que una campana.

Por eso me gusta tanto esa frase que una vez leí del obispo Ciriaco Benavente Mateos: "Canta y camina, reza y comparte y en tu corazón siempre será Navidad". Porque a Belén ya no se llega por el camino de siempre. Nos lo enseñan la vida y los versos de Víctor Manuel Arbeloa, como un pastor que se encuentra a la Virgen en el camino:



POEMAS PARA UN PREGÓN DE NAVIDAD

A Belén, por aquí, Señora, ya no se va...
Se va por la otra puerta de la ciudad.
Se va por los caminos sin luz ni paz.
Por esas negras casas de duro pan.

Se va por las afueras de soledad.
Se va por el respeto, por la igualdad.
Por la verdad más clara y la libertad.
Se va por la justicia y la caridad.

Por la limosna sola ya no se va.

Se va por todo el mundo
—bien claro está—
Que Belén es hoy toda la humanidad.

Que siempre en este mundo es Navidad.
Señora,
el viaje es algo incómodo.
Usted verá...

VILLANCICO 2: *Una pandeleta suena*

Es este tiempo vienen a la memoria todas las navidades que uno ha vivido, porque la Navidad es entrañable de por sí. Llevamos en el corazón las navidades de siempre. Rodeado de la familia, amplia y generosa; sin duda, un tiempo feliz de abuelos, tíos y primos, hermanos, padres. Fiesta del Niño Dios. Infantil, inocente y todopoderoso. Quiero yo, también, ser como un niño. Todos somos un poco niños en Navidad; benditos niños, caminito de Belén. En un recuerdo constante de aquella Navidad familiar que nunca se ha de perder. Los que hemos estado fuera muchas navidades, como ahora lo está mi hermana Inés (a quien deseo que las disfrute este año tanto como siempre le han gustado), las echamos de menos, aunque no hubiera tanto que comer o mucho que cantar y bailar, como Elena Martín Vivaldi añoraba:

*Todo fuera Navidad
como entonces.
Blancos caminos de paz.
La noche de los albores.*

*Todo fuera Navidad
con esperanza
de oír las voces antiguas
de la infancia.*

Son palabras que están siguiendo el verso de Mario López, corazón

del grupo Cántico, en el que el poeta recupera la imagen de un:

Dios de las Nochebuenas
y los días lluviosos
con barro en los caminos
del campo y sus olivos.
Dios apenas nacido
y alabado con rústica
ternura en villancicos
de almirez y zambomba.

La Navidad ablanda el corazón y endulza el alma. Es cierto.



La Navidad es también, y no cabe duda alguna, los pestiños de mi madre. Las tardes en que la fiesta más dichosa eran esas horas ablandando la masa, friéndola, miel en las manos y anís en el corazón. La Navidad será también turron y mazapán, pero aquí y en esta memoria son esos pestiños que mi madre sigue haciendo para asombro de los ángeles. Vuelve un año más la Navidad con su dulce sabor a ternura de Dios. Y a moscatel. Qué sería de la Navidad sin ese otro néctar sagrado que es el moscatel que nunca falta para invitar en casas y comercios a entrar en calor y beberse la Navidad a sorbos. Qué felicidad. Son los alimentos del cuerpo para bien del alma. Que parece, como decía Rafael Alberti, que, cada año:

*De la gloria, volandero,
baja el ángel confitero.*

—Para ti, Virgen María,
y para ti, Carpintero,
toda la confitería.

Porque Navidad es lo que José María Fortea describe en Antífona de Navidad y otros poemas:

*Navidad es la fuente de la benevolencia,
semilla candorosa
que irradia del azúcar,
de los alados cánticos,
de los rubios barquillos
y de los mazapanes rellenos de fruta.*

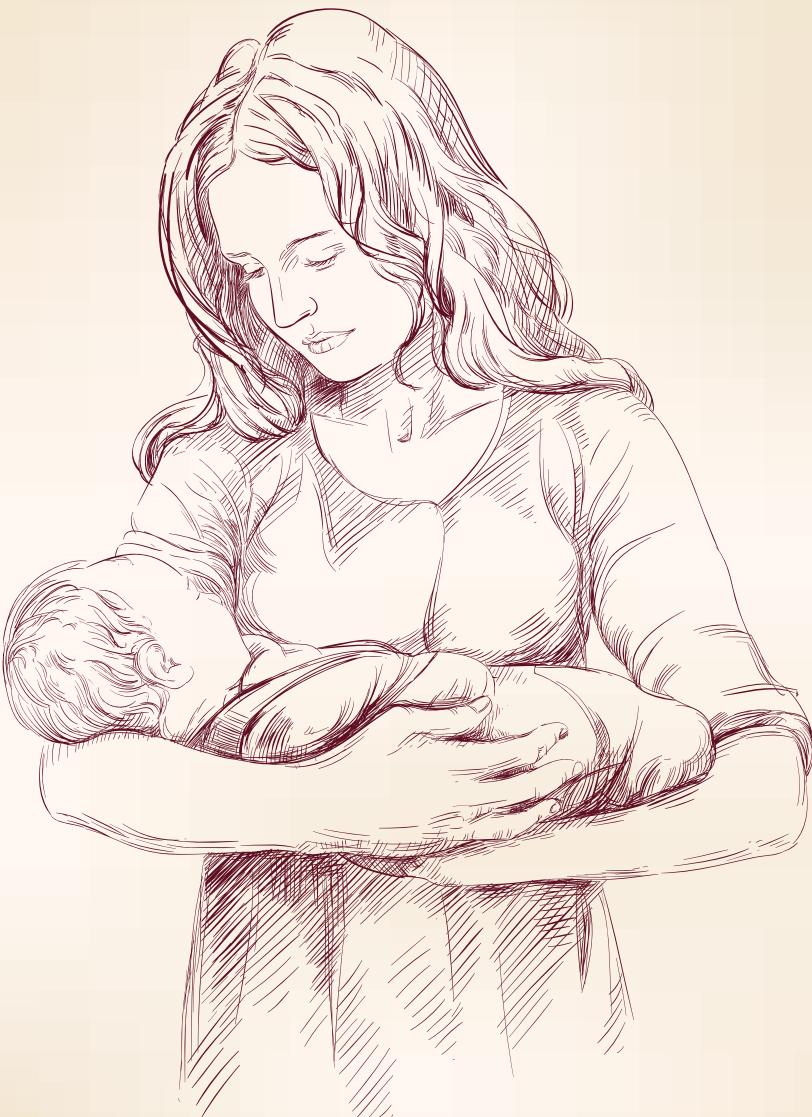
La Navidad es la mirada asombrada de un niño que camina. De mis sobrinas Mariana y Daniela. De todos los niños, cuando se asoman a la noche llena de “fieles guirnaldas fugitivas”, en metáfora de Pablo García Baena. Verdadero sol en la noche, que el poeta mexicano Carlos Pellicer identificaba con el Niño Dios en un portal de Belén. Navidad es esta “ebriedad de la luz” que asalta las calles, según García Baena, y que imagina en cada corazón. O como dice Gerardo Diego:

*Es la luz que nos toca y nos ciega.
La luz, la luz,
la luz que nos besa y nos quiere.
La luz que sonríe y no llora.*

Es como, describe Jaime García-Máiquez, la “luz con la que Dios ve el mundo”. La luz que nace en la Navidad, solsticio de invierno. “Luz que salva”, como afirma Julio Martínez Mesanza, el más conocido de los poetas de la Generación de los 80, que conecta con García Baena y la gran tradición mariana, desde fray Luis de León a Calderón de la Barca. Lo hace en un poema como Mater Christi, incluido en su antología Soy en Mayo:

*Tú, Bienaventurada, que llevaste
el cuerpo de Jesús en tus entrañas
y diste a la luz la Gracia
y Luz que salva,
vuelve tus ojos misericordiosos
dulcemente hacia mí...*

Es esta misma Virgen María que se dirige a Belén, tierra inhóspita, agria, casi desértica, y que uno



tan solo descubre cuando va allí, a Palestina, y mira alrededor, e imagina acercarse a María, según el romance de **Antonio Murciano**:

*No puedo seguir, no puedo...
Déjame sobre esta piedra.
¡Qué dolor, esposo mío,
que a un Dios le cierren las puertas!*

*(...) Tengo frío.
Tengo alegría y tristeza.
¿Cómo será? ¿Será rubio
como el oro y la canela?*

*José siento como un gozo
que me corre por las venas.
Siento al Hijo que me salta
en las entrañas... ¡Ya llega!*

*¡Cuánta música en el aire!
José, ¿qué música es esa?...*

VILLANCICO 3: Rin, rin

Estamos en Belén, ante un nacimiento que es una liturgia y una forma de piedad, una tradición que habita en nuestras casas y nuestra memoria. Ante él nos sentimos como **Alejandro Martín Navarro** y su Impresión de la catedral de Colonia:

*La fe se pierde
como se olvida un nombre.
Pero te encuentro aquí,
prodigo oscuro de la piedra,
silencio y música que dice y calla,
ejército radiante
de espadas como sombras.*

*Te alzaste ante nosotros
cuando los hombres
de una antigua estirpe
erigieron la ofrenda milenaria del arte,
su miserable y poderoso esfuerzo.*

*Frente a tu espacio inmóvil
escucho la plegaria de lo hermoso
como una vela puesta frente
al altar del tiempo.*

Un belén, como lo era para el poeta **Diego Jesús Jiménez**, es altar y es misterio. Es la emoción y es la memoria. La de un nacimiento que se hace imagen, figura, arena, serrín, yeso y hasta una noche estrellada en papel. Son los grandes belenes que aparecen en la calle como proclamaciones de la fe, emoción de belenistas consumados artesanos. Pero es también una devoción, familiar y recatada, donde jugamos cada año a recrear el origen del Niño Dios con un portal, un misterio, pastores, reyes magos, un pozo y un arroyo sobre papel de plata. Cada casa es un templo, y cada templo, palacio de origen napolitano y expresión de la ternura de hacer presente al Recién Nacido entre nosotros, como uno más de la familia.

Hay un poema muy bello del olvidado **Luis López Anglada** que da la Receta para construir un nacimiento:

*Tomad papel de plata, haced un río
y colocad, encima de él, un puente;
fabricad un portal, pondle enfrente,
de papel y cartón, un caserío.*

*Simulad la blancura del rocío
con un poco de harina y, lentamente,
hacedla que descienda suavemente,
como la nieve cae, blanca de frío.*

*Colocad las figuras una a una,
la Virgen y José junto a la cuna
y en ella el Niño, en el pesebre echado.*

*Y si después que todo lo habéis hecho
sentís que hay una estrella
en vuestro pecho
es que está el nacimiento terminado.*

Es el belén, el eco de la niñez que nace cada año en nosotros y narración de una tradición que habla de **Jesús** a los que un día serán adultos. Ese belén en el que **José** está más presente que nunca, con su duda y desconfianza hacia el ángel **Gabriel**, como lo ha descrito **Antonio García Barbeito**:

*Anda en su carpintería,
solo y triste el carpintero.
Labra José, como puede,*

POEMAS PARA UN PREGÓN DE NAVIDAD

la madera de lo incierto,
pero el formón de la duda
riza virutas de celos.

De la anunciaciόn al parto,
José ve por fin –según el poeta–
la paz y la alegría bajo
el mismísimo portal de Belén:

Y José, rendido en llanto,
dolido en culpa de celos,
en las manos de María
pone disculpas de besos.
Se perdieron en la noche
las dudas del carpintero.
La mirada de Jesús
sola desveló el misterio.

Al lado de José, la Virgen
es todo silencio, como bien nos
recuerdan estos bellos versos
de Ernestina de Champourcín:

Todo el silencio del mundo
se concentra en el establo.
Callan los que están dentro,
calla el que llega cantando,
callan suspiros y risas.
(...)
Un aire nuevo, cernido,
agita suave los mantos
de María y de José.
Estamos en ningún lado,
en el alba de la tierra.

No están solos, están acompañados,
como nos recuerda Miguel d'Ors
en su Minuto de Teozoología:

Pero, con mi respeto para la Teología,
aquí no acaba todo;
aquí falta un minuto
de lo que se debiera,
con todo mi respeto,
llamar Teozoología.
Sí, que al buey y a la mula
que allí estaban, oscuros,
alguien debió de darles
también algún aviso,
pues ya veis –caso raro
de veras– que, en lugar
de alborotarse trompicando
en la penumbra,
todo pezuñas, costaladas y bufidos,
ante aquella invasión
de su tibio descanso,
se quedaron echados,
rindieron los testuces
y con algo que era casi amor,
enfocaron el vaho de sus morros
hacia aquel puñadito
de carne sonrosada y llorona.



Si pienso qué hubiera sucedido
si a Dios aquella noche
le falta aquel aliento,
que fue como una manta
de ternura gaseosa;
lo distinta que pudo haber sido
la vida de los hombres,
concluyo que la mula y el buey
–benditos para siempre
ellos y sus estirpes–,
a su modo, sabían lo que estaban
haciendo. Lo que estaba naciendo.

Sopla un rumor de viento, allá
en la lejanía, en el cielo, en la
tierra, alguien en una guitarra, en
una pandereta, en unas palmas,
quizás un tamboril y una flauta...

VILLANICO 4: *Adeste fideles*

El belén es un arte breve que cada año
se reinventa en Navidad, frente
a la dolorosa conciencia de los que
faltan, el sinsentido de envejecer,
la monstruosa realidad de la muerte.
No hubo ni habrá un poeta tan
belenista como Diego Jesús Jiménez
que haya jugando tanto a ser un
niñodiós –él mismo nacería un 24
de diciembre– y, a la vez, sea símbolo
del carácter de fiesta y reencuentro
con añoranzas, melancolías y
ausencias definitivas. Ningún
poema como su *Noche de Navidad*
para expresar el dolor del padre, del
familiar fallecido, en Nochebuena.

Nunca se llora tanto al ausente
como en Navidad. Quien lo ha
reflejado más intensa y brevemente es
un periodista, poeta lejano, Lorenzo
Gomis, también asociándolo al belén:

Olor de musgo, olor de infancia
de muertos que se ríen como niños,
de muertos que renacen y hacen guíños
jugando con la tierra, madre viva.

La Navidad, maldita Navidad, son
más cosas: la soledad que encarcela al
que no tiene dónde ni con quién huir.
La desesperación del que habita lejos
de su estirpe. La Navidad se sufre,
también se sufre. Es la agonía
del que se come lo que no tiene.
La hipocresía del que aparenta lo que
no es. La fogata de los sin papeles.
El comedor del pobre. La maldición
del que quiere y no puede. La estafa
de los precios de la compra. El engaño
de las promesas de año nuevo.

Esa tristeza que emerge cuando
la noche es aún larga, infinita,
gana poco a poco luz, hasta que
los Reyes Magos se van acercando
y vienen a regalarnos un poco de
felicidad. Los Magos de Oriente nos
adentran en un mundo enigmático,
mítico, pleno de simbolismo, imán
irresistible para Occidente. Pero, en
el fondo, son mucho más humildes,
como los presenta Rubén Darío:

–Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: La vida es pura y bella.
Existe Dios. El amor es inmenso.
¡Todo lo sé por la divina estrella!

–Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.
Existe Dios. Él es la luz del día.
La blanca flor tiene sus pies en lodo.
¡Y en el placer hay la melancolía!

–Yo soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro
que existe Dios. Él es grande y fuerte.
Todo lo sé por el lucero puro
que brilla en la diadema de la Muerte.

Ante ellos, nos preguntamos
con Jorge Guillén:

Aquellos reyes de paz
¿Qué dieron a tu niñez?
¿Qué pesaba en tu balanza?

Guillén responde que “la
esperanza”. Estos Reyes también
nos devuelven a la infancia, a la
ilusión, al cariño, al amor, al esfuerzo

sobrehumano de los padres que nos dieron todo lo que tenían y aun más. Y nos lo siguen dando. De Navidad a Reyes, de Reyes a Navidad, durante todo el año, el mayor regalo es este: la familia, su cobijo y la felicidad de compartir, de verse, reencontrarse, sentirse y amarse. Los Reyes traen, sobre todo, ilusión. Esa ilusión presente en las cabalgatas de la infancia, en los ojos incrédulos de los niños, cuando abren cada 6 de enero regalos que ya no son incienso, oro y mirra. Nada tiene que ver con la locura que hace del centro comercial el templo de los fariseos de nuestro tiempo. El fraude de regalo como medida de cariño: cuanto más regalo, mejor soy; cuanto más recibo, más me quieren... Un fenómeno alentado, a qué dudarlo, por el propio sistema, que nos pervierte: solo valemos lo que gastamos. Es la

trampa de la carta a los Reyes Magos. El sometimiento a la publicidad. Navidad, carísima Navidad. Como lo retrata **Felipe Benítez Reyes**:

*La noche.
Cuánta luz.
y todos vamos cargados
de juguetes o de joyas,
cruzando una ciudad
multicolor y helada
cubierta con racimos de bombillas
azules, verdes, rojas,
que dibujan
la serpiente de las lentejuelas de oro frío
en la tirantez aterida del aire.*

*En los escaparates brilla
la sombra luminosa
de otros escaparates
y la desordenada sombra
de un mendigo,
y los niños mantienen*

los ojos muy abiertos
(*El tren y las espadas.*
Las estrellas.
La nave intergaláctica y la luna.
La muñeca habladora
y esa nieve que cae sin cesar
sobre la tumba inmortal
de nuestra infancia).

*Cuánta luz,
desgranada como un confeti
sobre estas alegres calles
por las que todos vamos
como brujos felices
cargados de mortalidad y de regalos.*

Ante "esta amarga piedad que es la alegría", en palabras de otro poeta, **Vicente Gallego**, todos nos sentimos más solidarios. Muy cerca de nosotros hay pobreza, hermanos sin techo y en desamparo, y, poco más lejos, ese Tercer Mundo del que tenemos que seguir escuchando su grito de hambre. Tanto que uno ha de acordarse forzosamente de las "abarcas" vacías de **Miguel Hernández**:

*Por el cinco de enero,
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana fría.
Y encontraban los días,
que derriban las puertas,
mis abarcas vacías,
mis abarcas desiertas.*

Por eso mi reconocimiento a esos Reyes Magos de cada día del año que son los voluntarios y colaboradores de Cáritas, a los que se suman en estos días tantas parroquias. Otro poeta, aún contemporáneo, **Jaime Siles**, ha descrito magistralmente esta solidaridad tan visible en Navidad y que arranca en la fe:

*Dios es un lenguaje
que existe solo en símbolos;
Dios es un signo puro
que habla por señales
y existe solo donde termina el yo.*

Es Adviento, será Navidad, con todos sus símbolos; y nos preparamos para ello. "Música de los ángeles, noche de Navidad", decía el verso del mexicano **Carlos Pellicer**. En camino a la Navidad, tan solo cabe esperar alegría. Una alegría que cobra el eco intenso de esa suprema exaltación que es el villancico



POEMAS PARA UN PREGÓN DE NAVIDAD

cantado en familia, rodeados de amigos. Canción anónima, como los versos que la proclaman:

*Cuando se asoma Diciembre
por estas tierras morenas
resuman sus callejones
copillas de Nochebuena
y el cielo se vuelve
dulce de polvorón de canela
y el alma de cascabel
cuando la zambomba suena.*

La Navidad ha sido canción desde el día primero. Es un pueblo que canta. Es la Navidad que canta. En villancicos, en gozos, en compañía. ¡Quién no reúne familias y amigos para cruzar la noche cantándole a la Navidad!: “En los pueblos de mi Andalucía / los campanilleros por la ‘madrugá’”...

Para revivir la Navidad, esta atmósfera de espiritualidad y fiesta, como un guiño hacia lo trascendente. Y en el que habría que acabar citando a **Miguel de Unamuno** para recordar: “¡Dios no va a nacer! / ¡Dios se va a hacer niño!”. Y ese niño será Jesús de Nazaret. A él le dedicamos el árbol y el belén, el moscatel y el turron. Pero en este Niño Dios también estamos nosotros: cada uno, con la familia, con la ilusión, con la alegría, también con el temor, pero en la Navidad la Luz renace y, con ella, la esperanza. Y hay que citar de nuevo a Rubén Darío, que elevando a suprema categoría ética la exigencia estética, nos dijo: “Hagamos, porque es bello, el bien”.

¡Feliz Navidad! •



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 112,50 € / UE: 168,48 € / OTROS PAÍSES: 162 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos:

Dirección: C.P.:

Población: Provincia: País:

CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.

 C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 118 / Correo electrónico: ppcedit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupo-sm.com>; si usted no lo desea, por favor, comuníquenoslo.

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: